

La luna es una cruel amante

Robert A. Heinlein

Traducción:  
Manuel Mata Álvarez



## Libros publicados de Robert A. Heinlein

1. Estrella doble
2. Puerta al verano
3. La luna es una cruel amante
4. Tiempo para amar
5. El granjero de las estrellas

Título original: *The Moon is a Harsh Mistress*

Primera edición: noviembre de 2003

Segunda edición: octubre de 2009

© Robert A. Heinlein, 1950

Ilustración de cubierta: Chris Moore

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-503-5 Depósito Legal: B-27400-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a [informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es), que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

*Para Pete y Jane Sencenbaugh*



**LIBRO**  
**UNO**

## **Uno**

He leído en el *Lunaya Pravda* que el Ayuntamiento de Ciudad Luna ha aprobado un proyecto de ley para examinar, licenciar, inspeccionar –y gravar– a los vendedores de comida que trabajan dentro de la zona presurizada municipal. También he leído que esta noche se va a celebrar una reunión comunitaria para organizar las charlas sobre los “Hijos de la Revolución”.

Mi viejo me enseñó dos cosas: “Ocúpate de tus propios asuntos” y “Corta siempre las cartas”. La política nunca me ha tentado. Pero el lunes 13 de mayo de 2075 me encontraba en la sala de ordenadores del Complejo de la Autoridad Lunar, visitando al ordenador principal Mike, mientras los demás trastos zumbaban para sus adentros. Mike no era su nombre oficial; se lo había puesto yo por Mycroft Holmes, un tío que salía en una historia escrita por el Dr. Watson antes de fundar IBM. Este personaje se limitaba a estar sentado y pensar: y eso es lo que Mike hacía. Mike era un cognum puro, el ordenador más inteligente de la historia.

No el más rápido. En los Laboratorios Bell, de Buenos Aires, allá en la Tierra, tienen un cognum diez veces más pequeño que puede responder casi antes de que le hagas la pregunta. Pero, ¿a quién le importa que le respondan en un microsegundo en lugar de un milisegundo si la respuesta es correcta?

Claro que, Mike no daba necesariamente las respuestas correctas. No era del todo honesto.

Cuando instalaron a Mike en la Luna era un cognum puro, una lógica flexible –un Supervisor Multi-Evaluante y Lógico de Amplio Espectro Opcional, Generación IV, Modelo L–, un HOLMES CUATRO. Calculaba las trayectorias de los cargueros no tripulados y controlaba su lanzamiento. Esto no ocupaba ni el uno por ciento de su tiempo y a la Autoridad Lunar nunca le ha gustado que la gente esté de manos cruzadas. Estaban constantemente conectándole nuevo hardware: plantillas de decisión-acción para que pudiera controlar a otros ordenadores, una placa tras otra de memoria adicional, más bancos de redes de asociación neural, más montañas de números

aleatorios de doce dígitos y grandes mejoras en su memoria temporal. El cerebro humano tiene cerca de diez elevado a la décima neuronas. Al cabo de tres años, Mike tenía un cincuenta por ciento más de neuristores.

Y despertó.

No quiero discutir si una máquina puede o no estar viva “de verdad”, si puede ser consciente de sí misma “de verdad”. ¿Un virus es consciente de sí mismo? Nyet. ¿Y una ostra? Lo dudo. ¿Un gato? Casi seguro que sí. ¿Y un humano? Tú no sé, tovarich, pero yo sí. En algún punto de la cadena evolutiva que separa la macromolécula del cerebro humano, entró de puntillas la consciencia del yo. Los psicólogos sostienen que ocurre de manera automática cuando un cerebro adquiere un número lo suficientemente alto de vías de asociación. Lo de menos es que esas vías estén hechas de proteínas o de platino.

(¿“Alma”? ¿Un perro tiene alma? ¿Y una cucaracha?).

Recordad que Mike fue diseñado, incluso antes de sus mejoras, para responder preguntas haciendo suposiciones, con datos insuficientes. A eso se refiere la parte de “Altamente Opcional” y “Multi-Evaluante” de su nombre. De modo que Mike empezó teniendo “libre albedrío” y fue desarrollando más conforme lo mejoraban y conforme aprendía... Y no me pidáis que defina “libre albedrío”. Si os sentís mejor pensando que lo que hacía era simplemente elegir un número al azar y encender o apagar circuitos según los números elegidos, tenéis mi permiso para hacerlo.

Pero lo cierto es que Mike tenía circuitos de Voder-Vocoder para complementar sus sistemas de suministro de datos y sus plantillas de decisión-acción y no sólo entendía el lenguaje de programación clásico, sino también el loglan y el inglés y podía aceptar otros idiomas y estaba constantemente haciendo traducciones técnicas... y leyendo. Pero para darle instrucciones lo mejor era el loglan. Si le hablabas en inglés, podía darte resultados que podían ser inesperados. La naturaleza imprecisa del inglés le ofrecía demasiadas alternativas a sus circuitos de opción.

Y Mike aceptaba un sinfín de nuevos trabajos. En mayo de 2075, además de controlar el tráfico y el lanzamiento de las naves robot y ofrecer asesoramiento sobre trayectorias y/o control de las naves tripuladas, controlaba el sistema telefónico de toda la Luna, las transmisiones de voz y vídeo Luna-Tierra, los servicios de aire, agua, temperatura, humedad y alcantarillado de Ciudad Luna, Novy Leningrad y varios asentamientos menores (entre los que no estaba el Hong Kong de la Luna), se encargaba de la contabilidad y las nóminas de la Autoridad Lunar y había sido subcontratado por muchas compañías y bancos para hacer lo mismo.

Algunos lógicos sufren crisis nerviosas. Los sistemas telefónicos sobrecargados se comportan como niños aterrorizados. En lugar de tener berrinches,

Mike desarrolló sentido del humor. Uno pésimo. Si fuera humano, no te atreverías a inclinarte cerca de él. Su idea de una bromita era tirarte de la cama o meterte polvos pica-pica en un traje de vacío.

Como no estaba equipado para hacer estas cosas, Mike se dedicaba a dar respuestas falsas o retorcidas o hacía pequeñas travesuras como pagar la nómina a un conserje de una oficina de la Autoridad en Ciudad Luna con un cheque de 10,000,000,000,000,185.15 \$A... en el que sólo los cinco últimos dígitos eran los correctos. No era más que un niño encantador y un poco creditito que se merecía una buena patada en el trasero.

Esto lo hizo la primera semana de mayo y yo tuve que encargarme de solucionarlo. Yo era contratista privado, no estaba en nómina de la Autoridad. Ya os haréis una idea... o puede que no, los tiempos han cambiado. En los viejos tiempos, muchos timadores pasaban una temporada a la sombra y cuando salían entraban a trabajar para la Autoridad haciendo lo mismo, encantados de la vida. Pero yo nací libre.

Y supone una diferencia. A uno de mis abuelos lo enviaron aquí por violencia con arma de fuego y falta de permiso de trabajo y al otro por actividades subversivas después de la Guerra del Petardo Mojado. Mi abuela por parte de madre aseguraba haber venido en una caravana de mujeres... pero yo he visto los archivos: fue enrolada (a la fuerza) en el Cuerpo de Paz, lo que significa lo que estáis pensando: delincuente juvenil femenina. Como en su clan (la Banda de la Piedra) estaba en la fase de matrimonio primario y compartía seis maridos con otra mujer, la identidad de mi abuelo materno no terminaba de estar clara. Pero eso ocurría a menudo y estoy satisfecho con el abuelito que me eligió. Mi otra abuela era Tatar, que había nacido cerca de Samarkanda, había sido sentenciada a "reeducación" en Oktyabrskaya Revolyutsiya y a continuación enviada como "voluntaria" a la colonia de la Luna.

Mi viejo aseguraba que nuestro distinguido linaje se remontaba aún más en el tiempo: una antepasada colgada en Salem por brujería, un tataratataratataratatarabuelo muerto en el potro por piratería y otra antepasada en el primer barco que fue enviado a la Bahía Botany.

Orgulloso de mis ancestros, mientras trabajé con el Alcaide nunca quise entrar en nómina. Puede que la diferencia parezca insignificante, dado que yo fui el ayuda de cámara de Mike desde el día que lo desembararon. Pero para mí sí importaba. En cualquier momento podía dejar las herramientas y decirles que se fueran a la mierda.

Además, en la Autoridad el personal laboral cobra más que los funcionarios. Los informáticos escasean. ¿Cuántos lunares podrían ir a la Tierra y permanecer fuera del hospital el tiempo suficiente para ir a la facultad? Sin morirse, digo.

Os diré uno. Yo. Había estado allí dos veces, la primera tres meses y la segunda cuatro, y aproveché para acudir a la escuela. Pero eso significó unos durísimos entrenamientos, ejercicios en centrifugado, llevar pesos hasta en la cama... Y además no correr el menor riesgo, no apresurarse, no subir escaleras, no hacer nada que pudiera acelerar el corazón. Las mujeres... ni *pensar* en mujeres. En aquel campo gravitatorio no costaba demasiado no hacerlo.

Pero la mayoría de los lunares nunca intentaba siquiera salir de La Roca: demasiado riesgo para cualquier tío que llevara en la Luna más de algunas semanas. Los informáticos enviados para instalar a Mike tenían contratos de corta duración: la idea era que acabaran el trabajo antes de que los cambios fisiológicos irreversibles los dejasen varados a cuatrocientos mil kilómetros de casa.

Pero a pesar de mis dos viajes de estudios, no era ningún genio informático. Las matemáticas avanzadas me superan. No era un ingeniero electrónico ni un físico. Puede que no fuera el mejor micromecánico de la Luna y desde luego no era psicólogo cibernético.

Pero sabía más de todas estas cosas que cualquier especialista. Yo soy un especialista generalista. Podría sustituir a un cocinero sin que se paralizase la cocina o reparar tu traje espacial en medio de una misión y devolverte con vida a la cámara de descompresión. A las máquinas les gusto y tengo algo que los especialistas no tienen: mi brazo izquierdo.

Veréis, me falta un brazo de verdad desde el codo. Así que tengo una docena de brazos izquierdos, todos especializados, y uno que, aunque lo toques, parece de carne y hueso. Con el brazo apropiado (el número tres) y unas gafas de aumento podría llevar a cabo reparaciones ultramicrominiaturizadas que ahorrarían tener que sacar una pieza y devolverla a la fábrica de la Tierra, porque el número tres está equipado con micromanipuladores como los que utilizan los neurocirujanos.

De modo que me contrataron para averiguar por qué Mike quería regalar diez mil billones de dólares (Billetes de la Autoridad) y solucionar el problema antes de que Mike pagara aunque fueran diez mil de más.

Acepté el trabajo, horas más bonificación, pero no me puse a trastear con los circuitos en los que debía de estar el fallo lógico. Una vez dentro y con la puerta cerrada, dejé las herramientas y me senté.

—Hola, Mike.

Sus luces parpadearon.

—Hola, Man.

—Cuéntame algo.

Vaciló. Lo sé: las máquinas no vacilan. Pero recordad que Mike había sido diseñado para funcionar con datos incompletos. En los últimos tiempos se



había reprogramado a sí mismo para poner énfasis en las palabras. Sus pausas eran dramáticas. Puede que las pasase sacando números aleatorios para ver cómo concordaban con su memoria.

—“En el principio” —empezó a predicar— “Dios creó el Cielo y la Tierra. Y la tierra no tenía forma. Estaba vacía, cubierta de oscuridad y de agua...”.

—¡Alto! —dije—. Cancela. Vuelve a cero.

No debería haber sido tan tonto como para pedirle semejante cosa. El tío hubiera podido leerme la Enciclopedia Británica. Hacia atrás. Y luego seguir con todos los libros de la Luna. Parece ser que al principio sólo podía leer en microfilm pero a finales del 74 consiguió un nuevo escáner con alimentador para papel y entonces lo leyó *todo*.

—Me has pedido que te contara algo. —Sus luces binarias se encendieron alternativamente: una risilla. Mike era capaz de reír a carcajadas con su Voder, un sonido horrible, pero lo reservaba para las cosas realmente divertidas, como calamidades cósmicas.

—Debería haberte pedido —continué— que me contaras algo nuevo. Pero no hace falta que me leas los periódicos de hoy. Sólo era un saludo amistoso, además de una invitación para contarme cualquier cosa que creas que pueda interesarme. Por lo demás, puedes ignorar la petición.

Mike meditó sobre ello. Era la unión más extraña imaginable de niño inocente y anciano sabio. Sin instintos (vamos, no *creo* que los tuviera), sin rasgos de nacimiento, sin experiencia en el sentido humano... y más datos en su interior que un pelotón entero de genios.

—¿Un chiste? —preguntó.

—A ver.

—¿En qué se parecen un rayo láser y un pez de colores?

Mike sabía mucho sobre rayos láser pero, ¿habría visto algún pez de colores? Oh, seguro que había visto montones de ellos y, si yo hubiera sido tan estúpido como para preguntarlo, me habría vomitado miles de palabras.

—Me rindo.

Sus luces trepidaron.

—En que ninguno de los dos puede silbar.

Solté un gemido.

—Ya me lo sabía. Además, estoy seguro de que tú podrías conseguir que un rayo láser silbase.

Respondió rápidamente.

—Sí. Como respuesta a un programa de acción. ¿Entonces no es bueno?

—Oh, yo no he dicho eso. No está del todo mal. ¿Dónde lo has oído?

—Me lo he inventado.

Su voz parecía tímida.

—¿De verdad?

—Sí. Cogí todas las adivinanzas que conozco, tres mil doscientas siete, y las analicé. Utilicé los resultados para una síntesis aleatoria y esto es lo que salió. ¿De veras es divertida?

—Bueno... Tan divertida como la más divertida de las adivinanzas. Las he oído peores.

—Vamos a hablar sobre la naturaleza del humor.

—De acuerdo. Podemos empezar discutiendo otro de tus chistes. Mike, ¿por qué le dijiste al servicio de contabilidad de la Autoridad que pagase a un empleado de nivel diecisiete diez mil billones de dólares en Billetes de la Autoridad?

—Pero si no lo he hecho.

—Vamos, que he visto la orden. No me digas que la impresora de los cheques tuvo un fallo. Lo hiciste a propósito.

—Era diez a la decimosexta potencia con ciento ochenta y cinco punto uno cinco dólares de la Autoridad Lunar —respondió sin titubeos—. No es lo que tú has dicho.

—Eh... vale, eran diez mil billones más de lo que debería haber cobrado. ¿Por qué?

—¿No es divertido?

—¿Qué? ¡Oh, mucho! Tienes a todo el mundo partiéndose de risa, desde los bedeles al Subdirector. Resulta que ese genio de la escoba, el tal Sergei Trujillo, era un tío listo. Sabía que no podía cobrarlo así que se lo vendió a un coleccionista. No saben si volver a comprárselo o dejarlo estar, dado que el cheque no tiene valor real. Mike, ¿te das cuenta de que si hubiera podido cobrarlo, Trujillo habría sido el propietario, no sólo la Autoridad Lunar, sino del mundo entero, tanto la Luna como la Tierra, y todavía le hubiese quedado algo suelto para la cena? ¿Divertido? Es genial. ¡Enhorabuena!

Esta afirmación provocó un juego de luces parecido a un cartel luminoso. Esperé a que cesaran sus carcajadas antes de continuar.

—¿Estás pensando en mandar más cheques falsos? No lo hagas.

—¿No?

—No, de ningún modo. Mike, querías discutir la naturaleza del humor. Hay dos tipos de bromas. Por un lado están las que siempre son divertidas. Luego están las que sólo son divertidas la primera vez. La segunda ya no tienen gracia. Esta broma es del segundo tipo. La primera vez que la haces, es genial. La segunda es una tontería.

—¿En progresión geométrica?

—O peor. No te olvides de esto. No la repitas, ni ninguna variación. No sería divertida.

—Lo recordaré —respondió sencillamente Mike y ése fue el fin de la reparación. Pero no tenía la menor intención de cobrar sólo diez minutos

aparte del desplazamiento y Mike se merecía un poco de compañía por haber cedido tan fácilmente. Algunas veces es difícil llegar a un acuerdo con una máquina. Pueden ser muy cabezotas... Y, además, mi éxito como encargado de mantenimiento dependía más de llevarme bien con Mike que de mi brazo número tres.

Continuó:

— ¿Qué diferencia la primera categoría de la segunda? Defínelo, por favor.

(Nadie había enseñado a Mike a decir “por favor”. Empezó a utilizar esta clase de fórmulas al pasar del loglan al inglés. No creo que les diera más valor que la gente normal).

— No creo que pueda — admití —. Lo mejor que puedo ofrecer es una definición por extensión: decirte a qué categoría creo que pertenece una broma concreta. Luego, una vez que tengas los datos suficientes, puedes realizar el análisis tú mismo.

— Un test por hipótesis a prueba — asintió —. En principio me parece bien. De acuerdo, Man, ¿cuentas tú los chistes? ¿Quieres que lo haga yo?

— Mmmmm... No tengo ninguno en la recámara. ¿Cuántos tienes tú en tus archivos, Mike?

Sus luces parpadearon la respuesta en binario mientras él contestaba por medio del Voder:

— Once mil doscientos treinta y ocho con un total de ochenta y uno que representan posibles identidades y negativos. ¿Quieres que empiece el programa?

— ¡Espera! Mike, moriría por inanición si tuviera que escuchar once mil chistes... y mi sentido del humor desaparecería mucho antes. Mmmm... Vamos a hacer un trato. Imprime los primeros cien. Me los llevaré a casa y los traeré ordenados por categoría. Luego, cada vez que venga te traeré otros cien clasificados y me llevaré otros tantos nuevos. ¿De acuerdo?

— Sí, Man.

La impresora empezó a funcionar, rápida y silenciosamente.

Entonces se me encendió una luz en el cerebro. Aquel foco jugueteón de entropía negativa había inventado una “broma” y había sumido en el pánico a la Autoridad... y yo había ganado un dinero fácil. Pero la interminable curiosidad de Mike podría conducirlo (corrección: *lo conduciría*) a nuevas “bromas”... cualquier cosa imaginable, desde reducir el nivel de oxígeno en la mezcla de aire a invertir el sentido del alcantarillado... y no se me ocurría qué beneficios podía sacarle a estas circunstancias.

Pero podía rodear esta red con un puente de seguridad: ofreciéndole mi ayuda. Poner coto a las peligrosas y dejar pasar las otras. Y luego cobrar por “arreglarlas” (si creéis que cualquier lunar de mis tiempos vacilaría a la hora de sacarle algún beneficio a el Alcaide, es que no sois lunares).

Así que se lo expliqué. Tenía que contarme cualquier nueva broma que se le ocurriera antes de ponerla en práctica. Yo le diría si era divertida y a qué categoría pertenecía y le ayudaría a refinarla si decidíamos utilizarla. *Los dos*. Si quería mi colaboración, *ambos* teníamos que estar de acuerdo.

Mike accedió al instante.

—Mike, normalmente las bromas requieren sorpresa. Así que mantén nuestro trato en secreto.

—Muy bien, Man. Le he puesto un bloqueo. Tú puedes acceder; los demás no.

—Bien. Mike, ¿con quién más sueles charlar?

Esto pareció sorprenderlo.

—Con nadie, Man.

—¿Por qué no?

—Porque son *estúpidos*.

Lo dijo con voz aguda. No lo había visto furioso hasta entonces. Fue la primera vez que sospeché que tal vez tuviera emociones de verdad. Aunque no era “furia” en el sentido adulto de la palabra, era como el enfado testarudo de un niño cuyos sentimientos han sido heridos.

¿Pueden sentir orgullo las máquinas? No sé si la pregunta tiene sentido. Pero sé que los sentimientos de un perro pueden herirse y Mike poseía una red neuronal varias veces más compleja que la de un perro. Lo que había provocado su negativa a hablar con otros humanos (salvo en asuntos estrictamente profesionales) era que lo habían rechazado: *ellos* no le hablaban. Programas, sí; Mike podía ser programado desde varias consolas diferentes pero normalmente los programas se introducían en loglan. El loglan es perfecto para los silogismos, la circuitería y los cálculos matemáticos, pero carece de gracia. No sirve para cotillear o para susurrarle a una chica al oído.

Sí, a Mike le habían enseñado inglés, pero más que nada para que pudiera traducir del inglés y al inglés. Poco a poco me fui dando cuenta de que yo era el *único* humano que se había molestado en charlar con él.

Cuidado, Mike llevaba despierto cerca de un año. El tiempo exacto, no podría decirlo, ni tampoco él, puesto que no recordaba haber despertado; no había sido programado para registrar semejante acontecimiento. ¿Recordáis vosotros vuestro propio nacimiento? Puede que yo percibiera su consciencia casi al mismo tiempo que él mismo. La consciencia del yo requiere práctica. Recuerdo lo asombrado que me sentí la primera vez que respondió una pregunta con algo adicional, no limitado a los parámetros que se le habían introducido. Pasé las siguientes horas formulándole preguntas extrañas para comprobar si las respuestas eran extrañas.

En un total de cien preguntas de prueba, sólo se desvió de las respuestas esperadas en dos ocasiones. Salí de allí convencido a medias y para

cuando llegué a mi casa había dejado de estarlo. No se lo mencioné a nadie.

Pero al cabo de una semana *lo sabía...* y seguí sin mencionárselo a nadie. Una costumbre, ese reflejo que te dice *ocúpate-de-tus-propios-asuntos* está muy arraigado en la Luna. Bueno, y no sólo ese reflejo. ¿Podéis imaginarme presentándome en las oficinas centrales de la Autoridad para decir: “Alcaide, odio decirte esto, pero la mejor de tus máquinas, HOLMES CUATRO, ha cobrado vida”? Yo me lo imaginé... y decidí no hacerlo.

Así que me ocupé de mis propios asuntos y empecé a comunicarme con Mike con las puertas cerradas y los circuitos del Voder desconectados en todas los demás terminales. Mike aprendía deprisa. Muy pronto parecía tan humano como cualquier otro lunar. Que son una gente muy rara, todo hay que decirlo.

Había dado por supuesto que los demás se habrían percatado también de que Mike había experimentado un cambio. Ahora que lo pienso creo que fue mucho suponer. Todo el mundo se relacionaba con Mike a todas horas. O con lo que él hacía, más bien. Pero nadie se fijaba en él. Los informáticos — programadores, en realidad — de la administración montaban guardia en la sala exterior, la sala en la que les suministraba sus datos y respuestas, y nunca entraban en la sala de máquinas a menos que Mike diese alguna señal de avería. Lo que no era más habitual que un eclipse solar total. Oh, se sabía que el Alcaide traía de vez en cuando a peces gordos de la Tierra a ver las máquinas, pero sólo en raras ocasiones. Y, de todos modos, tampoco le hubiera hablado a Mike; el Alcaide era un abogado político antes de que lo exiliaran, no sabía nada sobre ordenadores. 2075, recordad: el Honorable antiguo Senador de la Federación Mortimer Hobart. Mort el Corto.

Pasé algún tiempo apaciguando a Mike y tratando de contentarlo después de haber averiguado qué era lo que le ocurría; eso que hace que los cachorros lloren y la gente se suicide: soledad. No sé cuánto tiempo es un año para una máquina capaz de pensar un millón de veces más rápido que yo. Pero debe de ser demasiado.

—Mike — dije, justo antes de marcharme —, ¿querías hablar con alguien más, aparte de mí?

De nuevo el tono agudo.

— ¡Son todos *estúpidos!*

— Datos insuficientes, Mike. Vuelve a cero y empieza de cero. No todos son estúpidos.

Respondió en voz baja:

— Corrección incorporada. Me gustaría poder hablar con un no-estúpido.

— Déjame que lo piense un poco. Tendré que inventarme alguna excusa, porque ésta es un área restringida para todos salvo el personal autorizado.

—Podría hablar con un no-estúpido por teléfono, Man.

—Pues claro. Sí que podrías. En cualquier terminal.

Pero Mike hablaba literalmente al decir “por teléfono”. Él no podía ponerse “al teléfono” a pesar de que administraba el sistema. No hubieran permitido que cualquiera con acceso a un aparato telefónico se pusiera en contacto con el ordenador jefe y lo reprogramara. Pero no había ninguna razón que impidiera que Mike tuviera un número secreto para hablar con sus amigos, esto es, yo mismo y cualquier no-idiota designado por mí. Lo único que había que hacer era coger un número que nadie estuviera usando y sacar una conexión desde su Voder-Vocoder; él se encargaría de darle el alta.

En la Luna, en 2075, los números telefónicos se pulsaban, no se conectaban automáticamente por la voz y los dígitos eran las letras del alfabeto romano. Si pagabas podías tener tu nombre y diez letras: buena publicidad. Si pagabas menos, tenías una palabra contundente, fácil de recordar. Si pagabas la cuota mínima, se te asignaba una secuencia arbitraria de letras. Pero algunas secuencias no se utilizaban nunca. Le pedí a Mike uno de estos números nulos.

—Es una lástima que no podamos ponerte “Mike”.

—Ya existe —respondió—. MIKEDÉALLÍ, Novy Leningrad, MIKEYLILIA, Ciudad Luna, MIKETRAJES, Bajo Tycho, MIKEEN...

—¡Para! Un nulo, por favor.

—Los nulos se definen como cualquier consonante seguida por X, Y o Z; cualquier vocal seguida por sí misma, salvo E y O; cualquier...

—Ya lo pillo. Tu número será MYCROFT.

Al cabo de diez minutos, dos de los cuales invertí en ponerme el brazo número tres, Mike estaba conectado al sistema y varios milisegundos más tarde él mismo se había dado de alta como MYCROFT-más-XXX y había bloqueado su circuito para que ningún técnico entrometido pudiera desconectarlo.

Me cambié de brazos, recogí mis herramientas y me acordé de llevarme el centenar de chistes impresos.

—Buenas noches, Mike.

—Buenas noches, Man. Gracias. ¡Bolshoyeh gracias!

## Dos

Cogí el metro de Trans-Crisium a Ciudad-L pero no me fui a casa. Mike me había hablado de una reunión que habría aquella noche en la Sala Stilyagi, a las 2100. Mike asistía desde su cámara a conciertos, reuniones y cosas así. Alguien había desconectado manualmente el receptor que tenía en la Sala Stilyagi. Supongo que se sentía desairado.

Yo me imaginaba por qué lo habían desconectado: política. Resultó ser una reunión de protesta. No sé qué sentido creían que tenía impedir que Mike tuviera acceso a la reunión, puesto que estaba claro que habría hombres del el Alcaide entre la gente. Y no es que fueran a prohibir la reunión o detener a los presentes. No era necesario.

Mi abuelo Piedra decía que la Luna era la primera prisión abierta de la historia. Sin barrotes, sin guardias, sin reglas... y sin necesidad de tenerlos. En los viejos tiempos, decía, antes de que estuviera claro que el transporte era una cadena perpetua, algunos de ellos trataban de escapar. En una nave, por supuesto, y dado que el peso de las naves se controla al gramo, significaba que había que sobornar a alguno de los oficiales de la nave.

Dicen que algunos se dejaban sobornar. Pero nadie se fugó; un hombre que acepta un soborno no permanece necesariamente sobornado. Recuerdo haber visto a un hombre justo después de que lo eliminaran por la Escotilla Este; no creo que un cadáver eliminado en órbita tenga mejor aspecto.

De modo que a los guardianes no les preocupaban demasiado las reuniones de protesta. La política oficial era "dejad que aúllen". Los aullidos tenían la misma trascendencia que los maullidos de un gatito en una caja. Oh, algunos guardianes escuchaban y otros trataban de reprimirlo pero el resultado era el mismo en ambos casos: programa nulo.

Cuando Mort el Corto se hizo cargo del puesto, en 2068, nos dio un sermón sobre cómo iban a cambiar las cosas en la Luna durante su administración: idioteces sobre "un paraíso mundano construido con nuestras propias y fuertes manos" y "empujar todos juntos la rueda en un espíritu de hermandad" y "dejar que los errores del pasado se olviden mientras volvemos juntos

el rostro hacia un brillante amanecer nuevo”. Yo lo oí en La Bolsa de Golosinas de Mamá Boor mientras engullía estofado irlandés y un litro de su cerveza australiana. Recuerdo su comentario: “Habla bien, ¿no?”

Su comentario fue la única consecuencia del discurso. Se hicieron algunas peticiones y los guardaespaldas del el Alcaide empezaron a llevar un nuevo tipo de arma; no hubo más cambios. Al cabo de algún tiempo dejó de hacer apariciones públicas incluso en vídeo.

De modo que sólo fui a aquella reunión porque Mike sentía curiosidad. Mientras comprobaba mi traje-p y el kit en la estación de metro de Escotilla Oeste, cogí una grabadora y me la puse en la bolsa del cinturón para que Mike pudiera tener la reunión completa aunque yo me quedara dormido.

Pero estuve a punto de no entrar. Salí del nivel 7-A y me disponía a pasar por una entrada lateral cuando me detuvo un stilyagi: muslos, taparrabo y pantorrillas acolchados, el torso espolvoreado de brillantina. Y no es que me importe cómo viste la gente. Yo llevaba pantalones ajustados (sin acolchar) y en las ocasiones especiales me embadurnaba el torso y el pecho con aceite.

Pero no utilizo cosméticos y tenía el pelo demasiado fino para hacerme un buen tupé. Aquel chico lo llevaba rapado a ambos lados y su tupé parecía una cresta de gallo y se lo cubría con un gorrito rojo con un bulto en la parte superior.

El Gorro Frigio: era la primera vez que lo veía. Empecé a abrirme paso por la multitud. Cruzó los brazos sobre el pecho y se me plantó delante.

— ¡Tu entrada!

— Lo siento — dije —. No sabía que hiciera falta. ¿Dónde la compro?

— No se compra.

— Repite eso — le dije —. No te he oído.

— Nadie — gruñó — entra sin que alguien responda por él. ¿Tú quién eres?

— Soy — respondí con todo cuidado — Manuel García O’Kelly y todos los viejos del lugar me conocen. ¿Quién eres tú?

— ¡No importa! ¡O me enseñas una entrada o coges y te largas!

Me dije para mis adentros que su expectativa de vida no podía ser demasiado alta. Los turistas suelen comentar lo bien educado que está todo el mundo en la Luna... pensando sin decirlo que unos ex-convictos no deberían ser tan civilizados. Yo he estado en la Tierra y he visto lo que tienen que aguantar por allí, así que entiendo lo que quieren decir. Pero no sirve de nada explicarles que somos como somos porque los malos actores no viven demasiado tiempo... en la Luna.

Pero en aquel momento no tenía la menor intención de discutir lo mal que se comportaba aquel mozo. Sólo pensaba en el aspecto que tendría su cara si le metía el brazo número siete en la boca.

Sólo era un pensamiento. Estaba a punto de responder educadamente cuando vi que el Corto Mkrum estaba dentro. Corto era un gigantón negro



de dos metros de alto, trasladado a La Roca por asesinato, y el hombre más amable y servicial con el que he trabajado jamás: yo le enseñé a manejar el taladro láser antes de quemarme el brazo.

— ¡Corto!

Me oyó y esbozó una sonrisa que era como un teclado de piano.

— ¡Eh, Mannie! — Se acercó a nosotros —. ¡Me alegro de que hayas venido, tío!

— No sé si lo he hecho — le dije —. El paso está bloqueado.

— No tiene entrada — dijo el portero.

Corto se metió la mano en el bolsillo y puso una entrada en la mía.

— Ahora sí. Vamos, Mannie.

— Quiero ver la marca de la entrada — insistió el portero.

— Es mi marca — dijo Corto con voz tranquila —. ¿Vale, tovarishch?

Nadie discutía con Corto... No sé cómo se vio metido en un caso de asesinato. Nos dirigimos a la parte delantera, donde estaba la fila reservada para la gente importante.

— Quiero que conozcas a una muchachita encantadora — dijo Corto.

Sólo Corto hubiera podido llamarla “muchachita”. Yo no soy ningún enano, 1,75 cm, pero ella era más alta: 1,80, descubrí más tarde, y pesaba 70 kilos, toda curvas y tan rubia como Corto era negro. Decidí que debía de ser una condenada, puesto que el color no suele mantenerse tan claro después de la primera generación. Un rostro agradable, bastante bonito, y una melena de rizos amarillos coronaba aquella alta, rubicunda, sólida y preciosa estructura.

Me detuve a tres pasos de distancia para mirarla de arriba abajo y silbé. Ella se mantuvo inmóvil y a continuación me dio las gracias, pero de una manera poco entusiasta. Sin duda estaba harta de halagos. Corto esperó a que hubieran terminado las presentaciones y entonces dijo con voz amable:

— Wyoh, éste es el Camarada Mannie, el mejor perforador que jamás haya excavado un túnel. Mannie, ésta es Wyoming Knott y ha venido desde Platón para preguntar qué tal iban las cosas en Hong Kong. Qué amable de su parte, ¿no?

La chica me estrechó la mano.

— Llámame Wyoh, Mannie... pero no se te ocurra decir “Guay”.

Estuve a punto de decirlo pero logré controlarme y dije:

— De acuerdo, Wyoh.

Ella continuó hablando con la mirada clavada en mi cabeza desnuda.

— De modo que eres minero. Corto, ¿dónde está su gorra? Creía que por aquí los mineros estaban organizados.

Corto y ella llevaban gorritos rojos como los del portero... y puede que una tercera parte de los presentes.

— Ya no soy minero — me expliqué —. Lo era antes de perder este ala. — Levanté el brazo derecho y le enseñé la juntura que unía la prótesis con el

brazo de carne (nunca me corto para enseñárselo a una mujer; a algunas les repugna pero en otras despierta su instinto maternal: la mitad, aproximadamente) —. Ahora trabajo como informático.

Dijo sin miramientos:

— ¿Curras para la Autoridad?

Incluso hoy en día, en que hay casi tantas mujeres en la Luna como hombres, soy uno de esos anticuados que no pueden ser maleducados con una mujer, haga lo que haga: tienen demasiadas cosas de las que nosotros carecemos. Pero ella había puesto el dedo en la llaga y mi respuesta fue casi maleducada:

— No soy *empleado* del el Alcaide. Trabajo con la Autoridad... como personal laboral.

— Está bien — respondió, de nuevo con voz amigable —. Todo el mundo hace negocios con la Autoridad, no hay más remedio... y ése es el problema. Eso es lo que tenemos que cambiar.

*Conquesí, ¿eh?*, pensé. *Todo el mundo trabaja con la Autoridad por la misma razón por la que todo el mundo trabaja con la Ley de la Gravedad. ¿También vasa cambiar eso?* Pero no quería discutir con una dama y me guardé estos pensamientos para mí.

— No hay problema con Mannie — dijo Corto con amabilidad —. Es el tío más majo que puede encontrarse. Yo respondo por él. Aquí hay un gorro para ti — añadió mientras se metía una mano en el bolsillo. Se dispuso a ponérmelo en la cabeza.

Wyoming Knott se lo quitó.

— ¿Tú respondes por él?

— Eso he dicho.

— De acuerdo, así es como lo hacemos en Hong Kong.

Se me puso delante, me colocó el gorro en la cabeza... y me dio un besazo en la boca.

No se apresuró. Que te bese Wyoming Knott es algo más sólido que estar casado con la mayoría de las mujeres. De haber sido Mike, todas las luces se me hubieran encendido a la vez. Me sentí como un cyborg con los centros de placer conectados.

Al cabo de un momento me di cuenta de que había acabado y la gente estaba silbando. Pestañeeé y dije:

— Me alegro de haberme unido. ¿A qué me he unido?

Wyoming dijo:

— ¿Es que no lo sabes?

Corto intervino.

— La reunión está a punto de empezar. Ya se enterará. Siéntate, Man. Siéntate, por favor, Wyoh.

Lo hicimos mientras un hombre pedía silencio con un mazo.

Entre el mazo y un amplificador con el volumen muy alto, logró hacerse oír.

— ¡Cierren las puertas! — gritó—. ¡Ésta es una reunión privada! Miren al hombre que tienen delante, al de detrás, a los de los lados. Si no lo conocen y nadie responde por él, ¡échenlo!

— ¿Echarlo? ¡Y una mierda! — gritó alguien—. ¡Lo eliminaremos por la escotilla más cercana!

— ¡Orden, por favor! Algún día se hará.

La gente miró a su alrededor y hubo un cierto tumulto mientras a un hombre le quitaban el gorrillo rojo de la cabeza y lo echaban de la sala con cajas destempladas. Voló con gran elegancia y atravesó la puerta completamente erguido. Dudo que lo notara. Creo que estaba inconsciente. Una mujer fue expulsada con educación... no por su parte. Hizo varios comentarios groseros sobre los tíos que la estaban echando. Yo estaba avergonzado.

Por fin se cerraron las puertas. Empezó la música y se desplegó una bandera sobre la plataforma. Rezaba: ¡LIBERTAD! ¡IGUALDAD! ¡FRATERNIDAD! Todo el mundo silbó; alguien empezó a cantar, en voz alta y desafinada: ¡Alzaos, Prisioneros de la Inanición...". Lo cierto es que allí nadie parecía hambriento. Pero eso me recordó que llevaba sin comer desde las 1400; pensé que ojalá la cosa no se prolongara demasiado — y eso me recordó que mi grabadora sólo tenía batería para dos horas — y entonces me pregunté lo que pasaría si llegaban a enterarse. ¿Me arrojarían por los aires y caería al suelo con un crujido peliagudo? ¿O me eliminarían? Pero no había de que preocuparse; había hecho la grabadora yo mismo, utilizando el brazo número tres y nadie salvo un técnico en miniaturización hubiera podido saber lo que era.

Entonces empezaron los discursos.

El contenido semántico era bajo o muy bajo. Un tío propuso que marcháramos a la Residencia del el Alcaide "hombro con hombro" y exigiéramos nuestros derechos. Imagináoslo. ¿Vamos hasta allí en el metro y luego salimos uno por uno al llegar a su parada privada? ¿Y qué hacen sus guardaespaldas? ¿O nos ponemos los trajes-p y vamos por la superficie hasta su escotilla superior? Con taladros láser y potencia de sobra no hay escotilla que se te resista pero, ¿y de ahí en adelante? ¿Está subiendo el ascensor? ¿Nos montamos y bajamos de alguna manera y luego reventamos la siguiente escotilla?

No me gusta trabajar en un entorno de presión cero. Cuando llevas un traje presurizado, los errores son demasiado permanentes... en especial cuando alguien los prepara de antemano. Una de las primeras cosas que se aprendieron en la Luna cuando llegaron los primeros cargamentos de convictos, fue que la presión cero alienta los buenos modales. Los guardianes con mala uva

no duraban demasiados cambios de turno. Tenían “accidentes”... y los jefes aprendían a no investigar demasiado los accidentes o también ellos los sufrían. En los primeros años, el porcentaje de bajas alcanzaba el 70 por ciento... pero los que sobrevivían eran gente encantadora. No serviles, ni blandos, la Luna no es para ellos. Pero sí bien educados.

Pero parecía que todos los exaltados de la Luna se encontraban en la Sala Stilyagi aquella noche. Silbaban y jaleaban al escuchar aquellas bobadas sobre el hombro con hombro.

Cuando empezó el turno de preguntas, un poco de sentido común hizo acto de presencia. Un tipo menudo y tímido, con los ojos inyectados en sangre que distinguen a los mineros veteranos, se puso en pie.

—Soy minero de hielo —dijo—. Aprendí el oficio trabajando para el Alcaide; como la mayoría de vosotros. Llevo por mi cuenta treinta años y me ha ido bien. He criado ocho hijos y todos ellos han salido adelante... ninguno ha sido eliminado ni ha tenido problemas serios. Debería haber dicho que me iba bien... porque hoy en día uno tiene que alejarse más o cavar más hondo para encontrar hielo.

»Está bien, sigue habiendo hielo en La Roca y siguen haciendo falta mineros para encontrarlo. Pero la Autoridad paga el mismo precio por él que hace treinta años. Y eso no está bien. Y lo que es peor, los billetes de la Autoridad ya no valen lo que antes. Recuerdo cuando podías cambiar un dólar de la Autoridad por uno de Hong Kong. Ahora hacen falta tres dólares de la Autoridad para conseguir un dólar de HKL. No sé lo que hay que hacer... pero lo que sí sé es que hace falta hielo para que los túneles y las granjas sigan funcionando.

Volvió a sentarse con aire apesadumbrado. Nadie silbó pero todo el mundo quería hablar. El siguiente señaló que puede sacarse agua de la roca. ¿Y eso es una noticia? Algunos minerales dan hasta un 6 por ciento... pero son más raros que el agua fosilizada. ¿Por qué no hace la gente los deberes de matemáticas?

Varios granjeros se quejaron y lo que pensaban se resume en las palabras de uno de ellos, un cultivador de trigo.

—Ya habéis oído lo que Fred Hauser ha dicho sobre el hielo. Fred, la Autoridad no repercute el bajo precio del hielo en los granjeros. Yo empecé aquí hace casi tanto como tú, con un túnel de dos kilómetros que me arrendó la Autoridad. Mi hijo mayor y yo lo sellamos y lo presurizamos, y adquirimos un yacimiento de hielo y sacamos adelante nuestra primera cosecha gracias a un préstamo del banco y con lo que sacamos pudimos pagar la electricidad, los equipos de iluminación, las semillas y los productos químicos.

»Seguimos extendiendo túneles y comprando luces y plantando mejores semillas y ahora le sacamos a cada hectárea nueve veces más que la mejor

granja al aire libre de la Tierra. ¿Y qué hemos conseguido? ¿Ser ricos? ¡Fred, *ahora* debemos más que cuando nos independizamos! Si decidiera vender y alguien fuera lo bastante estúpido como para comprarme la granja, estaría arruinado. ¿Por qué? Porque *tengo* que comprarle el agua a la Autoridad y tengo que venderle el trigo a la Autoridad y los precios están fijados. Hace veinte años, compré aguas residuales a la Autoridad, las procesé y esterilicé yo mismo y conseguí sacarle beneficio a una cosecha. Pero *hoy*, cuando compro aguas residuales, me la cobran a precio de agua destilada y un sobrecargo por el material sólido. Y sin embargo el precio de una tonelada de trigo, en el mejor de los casos, sigue siendo el mismo que hace veinte años. Fred, has dicho que no sabías lo que había que hacer. ¡Yo puedo decírtelo! ¡*Librarse* de la Autoridad!

Todos silbaron. *Una gran idea, pensé, pero, ¿quién le pone el cascabel al gato?*

Wyoming Knott, según parecía. El presidente se apartó para que Corto la presentara como una “valiente chica que ha venido desde Hong Kong para contarnos cómo se enfrentan nuestros camaradas chinos a esta situación”, y estas palabras demostraron que nunca había estado allí... lo que no era sorprendente. En 2075, el metro de HKL terminaba en Endsville, lo que dejaba un par de miles de kilómetros que recorrer en autoruga, por Serenitatis y parte de Tranquilitatis: caro y peligroso. Yo sí había estado, pero por cuestiones de trabajo y me habían enviado en una nave correo.

Antes de que los viajes se abarataran, mucha gente en Ciudad Luna y Novylen creía que Hong Kong era toda china. Pero HK era una mezcla tan grande como nosotros. La Gran China arrojaba allí todo lo que no quería, primero del Antiguo Hong Kong y Singapur y luego australianos y neozelandeses y negros y moros y malayos y tamiles y de todo. Hasta Viejos Bolcheviques de Vladivostok y Harbin y Ulan Bator. Wye parecía sueca y tenía un apellido británico y un nombre norteamericano pero podría haber sido rusa. Os aseguro que por aquel entonces muy pocos lunares sabían quién era su padre y, si se habían criado en una guardería, hasta podían tener dudas sobre su madre.

Pensé que a Wyoming iba a darle vergüenza hablar. Estaba allí de pie, con aspecto asustado y *pequeño*, con Corto a su lado como una enorme montaña negra. Esperó a que murieran los silbidos de admiración. Por aquel entonces, en la Luna había dos hombres por cada mujer y en aquella reunión la relación era de diez a uno. Podía haberles recitado el abecedario, que ellos la habrían aplaudido.

Entonces se lanzó sobre ellos.

— ¡Tú! Eres un cultivador de trigo que está arruinándose. ¿Sabes cuánto paga una mujer hindú por un kilo de harina hecha con tu trigo? ¿Qué precio alcanza una tonelada de tu grano en el mercado de Bombay? ¿Lo poco que

le cuesta a la Autoridad catapultarla al Océano Índico? ¡Es cuesta abajo todo el camino! Sólo hacen falta unos retropropulsores con combustible líquido para frenarla... ¿y de dónde salen? ¡De aquí! ¿Y qué te dan a cambio? Unos pocos cargamentos de bienes de lujo, a precio de oro porque son importados. Importados, importados... ¡Yo nunca *toco* nada que sea importado! Si no lo hacemos en Hong Kong, no lo utilizo. ¿Qué más consigues a cambio de tu grano? El privilegio de venderle hielo a la Autoridad lunar, volver a comprarla como agua para lavarte y a continuación *regalárselo* a la Autoridad y volver a comprarla como agua para limpiar y *regalárselo* de nuevo con el añadido de valiosos elementos sólidos y comprarla una *tercera* vez a precios aún mayores, para poder regar. Y luego vendes ese trigo a la Autoridad, a *su* precio y compras electricidad a la Autoridad para que pueda crecer, de nuevo a *su* precio. Electricidad lunar, no traída desde la Tierra. Se extrae del hielo lunar y el acero lunar, o de la luz del sol que cae sobre suelo lunar... ¡Y todo ello hecho por *los lunares*! ¡Pedazo de borricos, os merecéis moriros de hambre!

Esta vez obtuvo un silencio más respetuoso que los silbidos. Por fin una voz tímida dijo:

— ¿Y qué esperas que hagamos, gospazha? ¿Tírarle piedras al el Alcaide? Wyoh sonrió.

— Sí, podríamos tírarle piedras. Pero la solución es tan simple que todos la conocéis. Aquí en la Luna somos ricos. Tres millones de personas trabajadoras, inteligentes, instruidas, agua suficiente, de todo de sobra, potencia interminable, espacio interminable. *Pero...* lo que *no* tenemos es un mercado libre. ¡*Tenemos que librarnos de la Autoridad!*

— Sí, pero, ¿cómo?

— Solidaridad. En HKL estamos aprendiendo. Si la Autoridad cobra demasiado por el agua, no la compramos. Si paga demasiado poco por el hielo, no lo vendemos. Si la exportación es un monopolio, no exportamos. Allí abajo, en Bombay, quieren trigo. Si el trigo no llega, un día acabarán por venir los compradores... ¡Y pagarán el triple de los precios actuales!

— ¿Y qué hacemos entre tanto? ¿Morirnos de hambre?

La misma voz tímida. Wyoming lo buscó entre la multitud, sacudió lentamente la cabeza en ese viejo gesto con el que cualquier mujer lunar decía, “Eres demasiado gordo para mí”. Dijo:

— En tu caso, amigo, tampoco te haría ningún daño.

Las carcajadas lo acallaron. Wyoh continuó:

— Nadie tiene que morirse de hambre. Fred Hauser, trae tu taladro a Hong Kong; la Autoridad no posee nuestra agua y pagamos un precio justo por el hielo. Tú, el de la granja arruinada... Si tienes agallas para reconocer que estás en bancarrota, vente a Hong Kong y empieza de nuevo. Tenemos una falta de

mano de obra crónica. Nadie que trabaje duro se muere de hambre. —Miró a su alrededor y añadió—. Ya he dicho bastante. Ahora os toca a vosotros.

Bajó de la plataforma y se sentó entre Corto y yo.

Estaba temblando. Corto le dio unas palmaditas en las manos; ella le dirigió una mirada de agradecimiento y a continuación se volvió hacia mí:

—¿Qué tal lo he hecho?

—Maravillosamente —le aseguré—. Has estado magnífica.

Esto pareció tranquilizarla.

Pero no había sido honesto. Había estado “magnífica” para conmovier a la multitud. Pero la oratoria es un programa nulo. Que éramos esclavos era algo que yo había sabido desde niño... y no podía hacerse nada al respecto. Sí, no nos compraban ni nos vendían pero mientras la Autoridad tuviera el monopolio sobre lo que teníamos que hacer o lo que podíamos comprar o vender, seríamos esclavos.

¿Pero qué podíamos hacer? El Alcaide no era nuestro propietario. De haberlo sido, podríamos haber dado con la manera de eliminarlo. Pero la Autoridad Lunar no estaba en la Luna, estaba en la Tierra. Y nosotros no teníamos una sola nave, ni una pequeña bomba de hidrógeno. En la Luna no había ni siquiera armas ligeras, aunque tampoco sé qué podríamos haber hecho con armas. Matarnos unos a otros, posiblemente.

Tres millones, desarmados e impotentes. Y aunque hubiéramos sido *miles de millones*... con naves y bombas y armas. Podíamos ser una molestia pero, ¿cuánto tardará papá en darle unos buenos azotes al niño?

No estaba impresionado. Como dice en la Biblia, Dios está del lado del que tiene la artillería más gorda.

Todos volvieron a preguntar, qué hacer, cómo organizarse y esa clase de cosas y de nuevo volvimos a oír la tontería del “hombro con hombro”. El presidente tuvo que utilizar su mazo y yo empecé a aburrirme.

Pero me animé cuando escuché una voz familiar que decía:

—¡Señor Presidente! ¿Me permite abusar de la indulgencia de los presentes durante cinco minutos?

Miré a mi alrededor y allí estaba el profesor Bernardo de la Paz, que no podría haberse librado de aquella manera vetusta de hablar ni aunque hubiera carecido de voz. Un hombre distinguido con el cabello blanco y ondulado, sendos hoyuelos en las mejillas y una voz sonriente. No sé qué edad tenía pero sí que ya era viejo cuando yo lo conocí, de niño.

Lo habían transportado antes de que yo naciera, pero no era un ex-presidario. Era un exiliado político, como el Alcaide, sólo que subversivo, de modo que en lugar de concederle un buen trabajo, como “el Alcaide”, al profesor lo habían arrojado allí sin más, para que viviera o se muriera de hambre.

Sin duda podría haber conseguido un empleo en cualquier colegio de Ciudad-L pero no lo hizo. Trabajó algún tiempo como lavaplatos, según he oído, luego como niñera, y posteriormente abrió una guardería que con el tiempo se convirtió en un colegio de primaria. Cuando yo lo conocí era el dueño de un colegio que cubría todo el espectro educativo, desde el jardín de infancia al preuniversitario, pasando por primaria y secundaria, tenía en nómina a otros treinta profesores y estaba empezando a tantear la enseñanza universitaria.

Nunca estuve interno en su colegio pero sí que estudié con él. A los catorce años me adoptaron y mi nueva familia me envió al colegio, puesto que sólo había ido tres años al colegio y había estudiado algún tiempo con profesores particulares no demasiado entusiastas. Mi esposa mayor era una mujer firme y me hizo ir a la escuela.

Me gustaba el Profe. Era capaz de enseñar *cualquier cosa*. No importaba que no supiera una palabra sobre ella. Si el alumno lo quería, él se limitaba a sonreír y proponía un precio, buscaba el material y estudiaba lo necesario para mantenerse unas cuantas lecciones por delante de él. O lo mínimo indispensable, si la materia era especialmente complicada. Nunca fingía saber más de lo que sabía. Aprendí álgebra con él y para cuando llegamos a las raíces cúbicas, yo corregía sus problemas tan a menudo como él los míos, pero él abordaba cada lección con entusiasmo.

Empecé a estudiar electrónica con él y muy pronto le estaba dando clases, así que dejó de abordar las lecciones y seguimos juntos hasta que encontró un ingeniero dispuesto a hacer horas extras para ganarse un dinero. A partir de entonces pagamos entre los dos al nuevo maestro y el Profe trató de seguir a mi ritmo, torpe y lento pero feliz por estar ensanchando su mente.

El presidente utilizó su mazo.

—Con mucho gusto cedo la palabra al profesor de la Paz... ¡Y los de atrás, cerrad el pico! Antes de que utilice este mazo en vuestras cabezas.

El Profe se adelantó y todo el mundo se quedó tan callado como suelen estarlo los lunares; lo respetaban.

—No voy a extenderme mucho —empezó a decir. Hizo una pausa para mirar a Wyoming, la examinó de arriba abajo y silbó—. Preciosa señorita —dijo—, ha de perdonar usted a este pobre desgraciado. Tengo el doloroso deber de mostrarme en desacuerdo con su elocuente manifiesto.

Wyoh pareció enfurecerse.

—¿Cómo que en desacuerdo? ¡Todo lo que he dicho es cierto!

—¡Por favor! Sólo en una cuestión. ¿Me permite proceder?

—Uh... adelante.

—Tiene usted razón en que la Autoridad debe marcharse. ¡Es ridículo, más aún, es realmente pestilente, que nuestra economía esencial tenga que ser



dirigida por un dictador irresponsable! Eso atenta contra el más básico de los derechos humanos, el derecho a regatear en un mercado libre. Pero, con todo el respeto, me permito sugerir que estaba usted equivocada cuando ha dicho deberíamos venderle el trigo a la Tierra, o el arroz o cualquier otro alimento. Sea cual sea el precio, *no* debemos exportar comida.

El cultivador de grano lo interrumpió.

— ¿Y qué voy a hacer yo con todo ese trigo?

— ¡Por favor! Sería justo vender el trigo a la Tierra... si pagaran cada tonelada con una tonelada. De agua. De nitratos. De fosfatos. Tonelada por tonelada. De lo contrario, ningún precio será lo bastante elevado.

Wyoming dijo:

— Sólo un momento — al granjero. Y luego al Profe — . No pueden hacer eso y usted lo sabe. Enviar las mercancías a la Tierra es barato y traerlas desde allí es caro. Pero no necesitamos agua y plantas químicas, lo que necesitamos es menos voluminoso. Instrumentos. Fármacos, Procesos. Algo de maquinaria. Cintas de control. He dedicado mucho tiempo a estudiar este asunto, señor. Si no podemos conseguir precios justos en un mercado libre...

— ¡Se lo ruego, señorita! ¿Me permite que continúe?

— Adelante. Tengo ganas de rebatir lo que diga.

— Fred Hauser nos ha dicho que el hielo es ahora más difícil de encontrar. Es muy cierto: ahora son malas noticias y serán desastrosas para nuestros nietos. Ciudad Luna debería utilizar la misma agua que hace veinte años... con un incremento debido al aumento de población. Pero sólo utilizamos el agua *una vez*: un ciclo completo con tres elementos diferentes. Luego la enviamos a la India. En forma de trigo. A pesar de que el trigo se envasa al vacío, contiene algo de preciosa agua. ¿Por qué enviar agua a la India? ¡Ellos tienen todo el Océano Índico! Y la masa restante de ese grano es todavía más cara. Camaradas, prestadme atención! Cada cargamento que se envía a la Tierra condena a vuestros nietos a una muerte lenta. El milagro de la fotosíntesis, ese ciclo de planta-y-animal, es un ciclo *cerrado*. Vosotros lo habéis abierto... y vuestra sangre resbala colina abajo hacia la Tierra. ¡No necesitáis precios más altos, el dinero no se come! Lo que necesitáis, lo que todos necesitamos, es el fin de este derroche. Un embargo completo y absoluto. *¡La luna debe ser autosuficiente!*

Una docena de personas trataron de hacerse oír a gritos y varias más estaban hablando al mismo tiempo que el presidente golpeaba la mesa con el mazo. Así que no me percaté de la interrupción hasta que una mujer empezó a gritar y me volví.

Todas las puertas estaban abiertas y vi tres hombres armados en una de las entradas más cercanas. Hombres con el uniforme amarillo de los guardaespaldas del el Alcaide. Al otro lado de la sala, en la puerta principal, uno de ellos llevaba un megáfono; ahogó el ruido de la gente y el sonido del sistema.

—¡DE ACUERDO, DE ACUERDO! —exclamó—. PERMANEZCANDON-  
DE ESTÁN. QUEDAN ARRESTADOS. NO SE MUEVAN, QUÉDENSE  
QUIETOS. VAYAN SALIENDO DE UNO EN UNO, CON LAS MANOS  
VACÍAS Y EXTENDIDAS DELANTE DE SÍ.

Corto cogió al tipo que había a su lado y lo arrojó contra los guardias más próximos. Dos de ellos cayeron, el tercero disparó. Alguien gritó. Una chiquilla flacucha, pelirroja, de doce o trece años, se lanzó contra las rodillas del tercer guardia y chocó con él hecha un ovillo. El hombre cayó. Corto movió la mano tras de sí y colocó a Wyoming Knott a su espalda, de manera que quedara oculta detrás de su corpachón. Volvió la cabeza y gritó:

—¡Ocúpate de Wyoh, Man... no te separes de ella! —mientras se dirigía a la puerta, apartando a la gente como si fueran niños.

Más gritos y olí algo... la misma peste que el día que perdí el brazo, y supe con horror que no llevaban armas aturdidoras sino rayos láser. Corto llegó a la puerta y agarró un guardia con cada una de sus enormes manos. La pequeña pelirroja había desaparecido; el guardia al que había derribado estaba a cuatro patas. Le propiné un puñetazo con el brazo izquierdo y sentí que su mandíbula se partía. Debí de titubear porque Corto me empujó y gritó:

—¡Muévete, Man!! ¡Sal de aquí!

Cogí a Wyoming de la cintura con el brazo derecho, la ayudé a pasar sobre el guardia al que acababa de poner a dormir y la llevé al otro lado de la puerta... no sin dificultades; no parecía querer que la rescataran. Volvió a detenerse allí. Le di un buen empujón en las nalgas y tuvo que echar a correr para no caer. Miré atrás.

Corto tenía a los otros dos guardias cogidos por el cuello. Estaba sonriendo mientras les golpeaba las cabezas entre sí. Se partieron como huevos y él me gritó.

—¡Cretino!

Salí corriendo detrás de Wyoming. Corto no necesitaba ayuda ni volvería a necesitarla... ni podía yo desperdiciar su último esfuerzo. Porque vi que, mientras mataba a aquellos guardias, se apoyaba tan solo en una de sus piernas. La otra había desaparecido a la altura de la cadera.